A James Marshall

Sapo y Sepo, un año entero

Arnold Lobel
Ilustraciones del autor

ALFAGUARA
INFANTIL

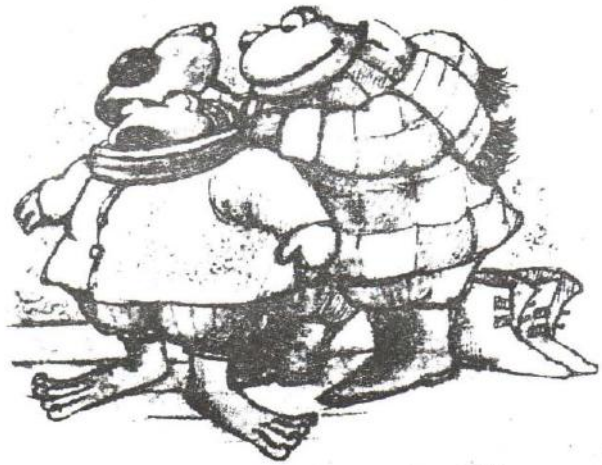
Colina abajo

Sapo llamó a la puerta de Sepo.
—¡Sepo, despierta! –gritó–.
Sal y mira
¡qué maravilloso es el invierno!
—No saldré –dijo Sepo–.
Estoy calentito en mi cama.
—El invierno es hermoso –dijo Sapo–.
Sal y vamos a divertirnos.

—¡Bah! –dijo Sepo–.
No tengo ropa de invierno.

Sapo entró en la casa.
—Te he traído algunas cosas
para que te las pongas –dijo.

Sapo le puso a Sepo
un abrigo y se lo abrochó.
Sapo le puso a Sepo
unos pantalones y se los abrochó.



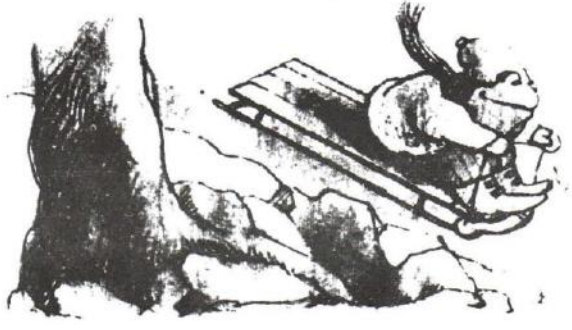
Le puso un gorro en la cabeza
y una bufanda en el cuello.
—¡Socorro! –gritó Sepo–.
¡Mi mejor amigo
quiere ahogarme!
—Sólo quiero prepararte bien
para el invierno –dijo Sapo.

Sapo y Sepo salieron de la casa.
Corretearon por la nieve.

—Nos lanzaremos cuesta abajo
por la colina en mi trineo –dijo Sapo.
—Yo no –dijo Sepo.
—No tengas miedo –dijo Sapo–.
Yo iré contigo en el trineo.
Bajaremos a toda velocidad.
Será emocionante.
Sepo, tú te sientas delante
y yo me sentaré detrás de ti.

El trineo comenzó a deslizarse
colina abajo.
—¡Allá vamos! –dijo Sapo.

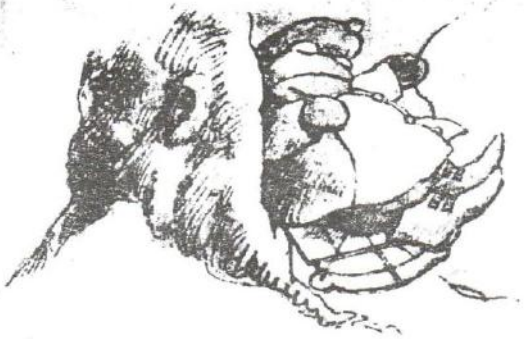
Saltaron sobre
un montón de nieve.
Sapo se cayó del trineo.
Sepo siguió a toda velocidad
dejando atrás árboles y rocas.
—Sapo, me alegro
de que estés aquí –dijo Sepo–.



Yo no podría conducir el trineo
sin ti, Sapo –dijo.
Sepo saltó sobre otro montón de nieve.
—Tienes razón. ¡El invierno es divertido!

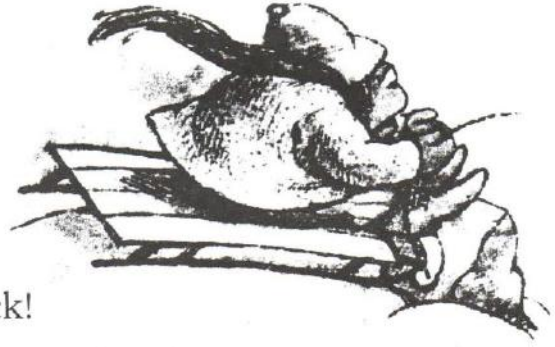
Un cuervo
revoloteó cerca de él.
—Hola, Cuervo –gritó Sepo–.
Míranos a Sapo y a mí.
¡Montamos en trineo
mejor que nadie en el mundo!

—Pero, Sepo –dijo el cuervo–,
estás tú solo en el trineo.
Sepo miró atrás.
Vio que Sapo no estaba allí.
—¡Estoy completamente solo!
–gritó asustado Sepo.



¡Bang!

El trineo chocó contra un árbol.



¡Crack!

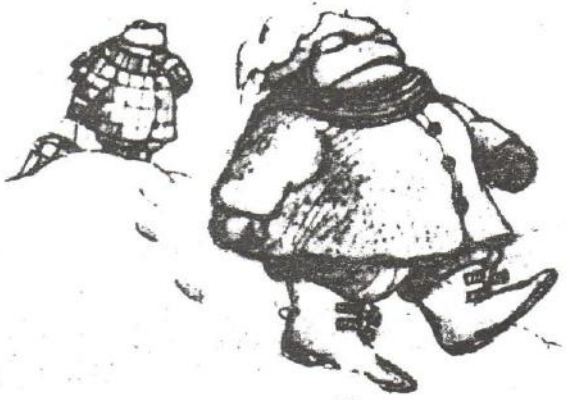
El trineo chocó contra una roca.

¡Plop!

El trineo se incrustó en la nieve.

Sapo llegó corriendo colina abajo.
Sacó a Sepo de la nieve.
—Lo he visto todo –dijo Sapo–.
Lo hiciste muy bien tú solo.

—No es verdad –dijo Sepo–.
Pero hay una cosa
que puedo hacer yo solo.
—¿Cuál? –preguntó Sapo.
—Puedo irme a casa –dijo Sepo–.
Quizá el invierno sea hermoso,
pero la cama es mucho mejor.



La esquina

A Sapo y Sepo
les pilló la lluvia.
Se fueron corriendo a casa de Sapo.
—Estoy completamente empapado
–dijo Sepo–. Se ha estropeado el día.
—Vamos a tomar té y pasteles
–dijo Sapo–. Ya dejará de llover.
Si te pones cerca de la estufa,
tu ropa se secará enseguida.

Mientras esperamos a que pare
la lluvia, te voy a contar una historia.
—¡Oh, qué bien! –dijo Sepo.

—Cuando yo era pequeño,
no mucho mayor
que un renacuajo –dijo Sapo–,
mi padre me dijo:
«Hijo, hoy es un día frío y gris,
pero la primavera
está a la vuelta de la esquina».

Yo quería que llegara la primavera.
Salí afuera
para encontrar esa esquina.
Caminé por un sendero del bosque
hasta que llegué a una esquina.
Di la vuelta a la esquina
para ver si la primavera
estaba al otro lado.

—¿Y estaba? –preguntó Sepo.

—No –dijo Sapo–.

Sólo había un pino,

tres piedrecillas

y un poco de hierba seca.

Caminé

por el prado.

Pronto llegué

a otra esquina.

Di la vuelta a la esquina

para ver si la primavera estaba allí.

—¿La encontraste? –preguntó Sepo.

—No –dijo Sapo–.

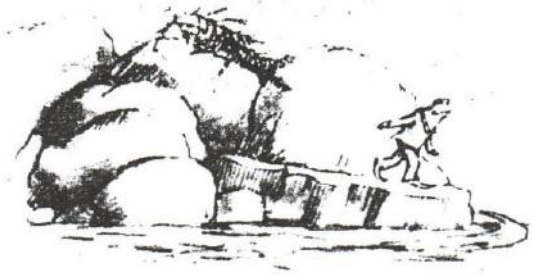
Sólo había

una vieja oruga

dormida

sobre el tronco cortado

de un árbol.

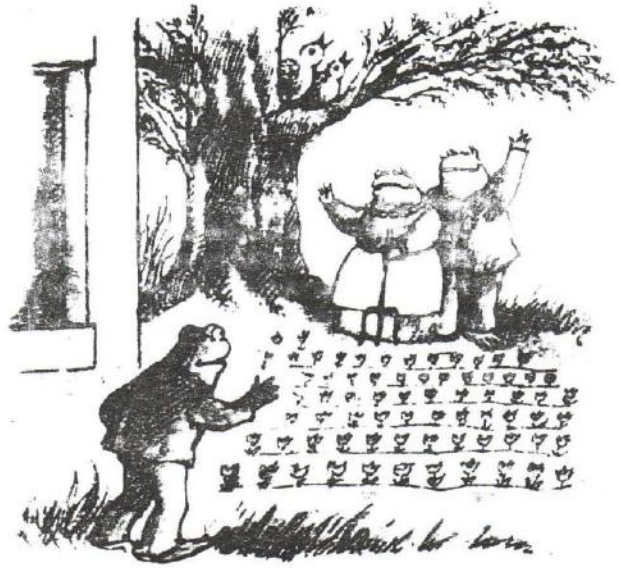


Caminé por la orilla del río
hasta que llegué a otra esquina.
Di la vuelta a la esquina
para buscar la primavera.

—¿Estaba allí? –preguntó Sepo.

—No
–dijo Sapo–.
Sólo había
un poco de barro
y un lagarto que estaba persiguiéndose
la cola.
—Debías de estar cansado
–dijo Sepo.
—Estaba cansado
–dijo Sapo– y, además,
empezó
a llover.

Así que regresé a casa.
Al llegar allí
encontré otra esquina.
Era la esquina de mi casa. .
—¿Diste la vuelta a la esquina?
–preguntó Sepo.
—También di la vuelta
a esa esquina
–dijo Sapo.
—¿Qué viste?
–preguntó Sepo.

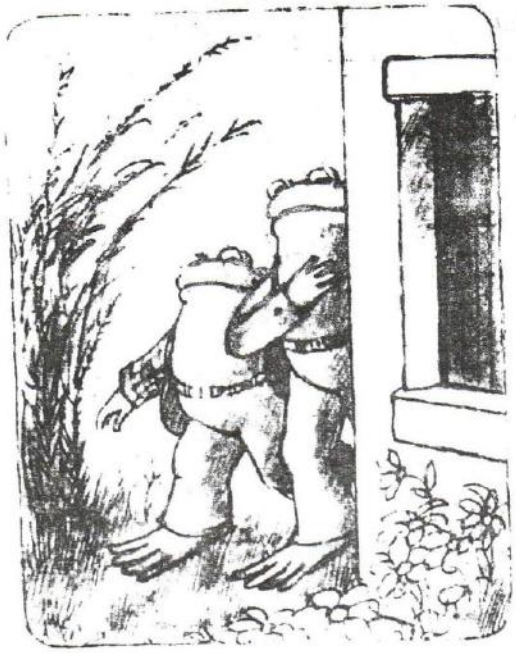


—Vi que salía el sol
–dijo Sapo–. Vi pájaros
que estaban posados
y cantando en un árbol.
Vi a mi madre y a mi padre
trabajando en su jardín.
Vi flores en el jardín.

—¡La encontraste! –gritó Sepo.

—Sí –dijo Sapo–. Me sentí muy feliz.
Había encontrado justo la esquina
a la vuelta de la cual
estaba la primavera.
—Mira, Sapo –dijo Sepo–.
Tenías razón.
Ha dejado de llover.

Sapo y Sepo se apresuraron a salir.



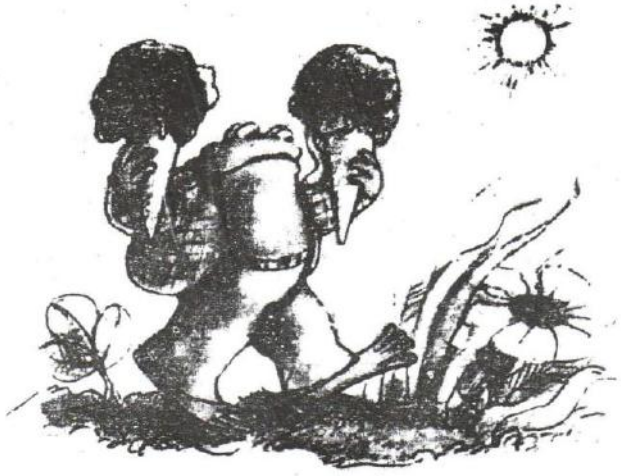
Corrieron a dar la vuelta
a la esquina de la casa de Sapo
para asegurarse de que la primavera
había llegado otra vez.

El helado

Un caluroso día de verano
Sapo y Sepo estaban sentados
junto a una poza de agua.
—¡Sería estupendo tener ahora unos
helados bien fríos y dulces!
–dijo Sapo.
—Qué buena idea –dijo Sepo–.
Espera aquí mismo, Sapo.
Volveré enseguida.

Sepo fue a la tienda. Compró
dos grandes barquillos de helado.

Sepo lamió uno de los barquillos.
—A Sapo le gusta el de chocolate
–dijo Sepo– igual que a mí.



Sepo volvió por el camino.
Una gran gota blanda
de helado de chocolate
se escurrió por su brazo.
—Este helado se está derritiendo
con el sol –dijo Sepo.

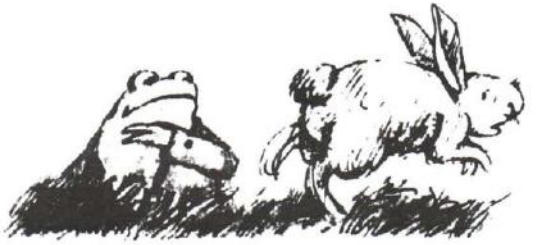
Sepo caminó más aprisa.
Muchas gotas
de helado derretido
volaron por el aire.
Caían en la cabeza de Sepo.
—¡Tengo que volver corriendo
hasta donde está Sapo! –exclamó.

El helado
se derretía
más y más.
Chorreaba
por la chaqueta de Sep
Salpicaba
sus pantalones
y sus pies.
—¿Dónde está el sendero?
–gritó Sepo–.
¡No veo nada!

Sapo seguía sentado
junto a la poza de agua
esperando a Sepo.
Un ratón pasó corriendo.

—¡Acabo de ver algo terrible!
–gritó el ratón–.
¡Era grande y café!

—¡Algo cubierto
de ramas y hojas avanza
hacia aquí! –gritó una ardilla.

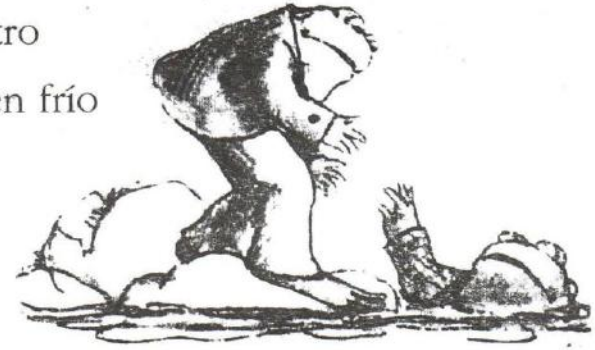


—¡Ahí viene una cosa con cuernos!
–exclamó un conejo–. ¡Sálvate! ¡Huye!
—¿Qué podrá ser? –preguntó Sapo.

Sapo se escondió detrás de una roca.
Vio acercarse a la cosa.
Era grande y café.
Estaba cubierta de ramas y hojas.
Tenía dos cuernos.

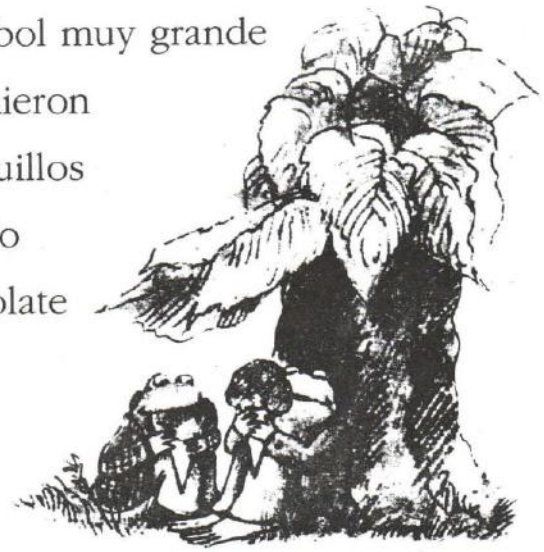
—Sapo –gritó la cosa–.
¿Dónde estás?
—¡Vaya!
–dijo Sapo–,
pero si esa cosa es Sepo.

Sepo se cayó a la poza.
Se hundió hasta el fondo
y apareció otra vez.
—¡Qué desastre! –dijo Sepo–.
El agua se ha llevado
todo nuestro
helado bien frío
y dulce.



—No importa –dijo Sapo–.
Ya sé lo que podemos hacer.

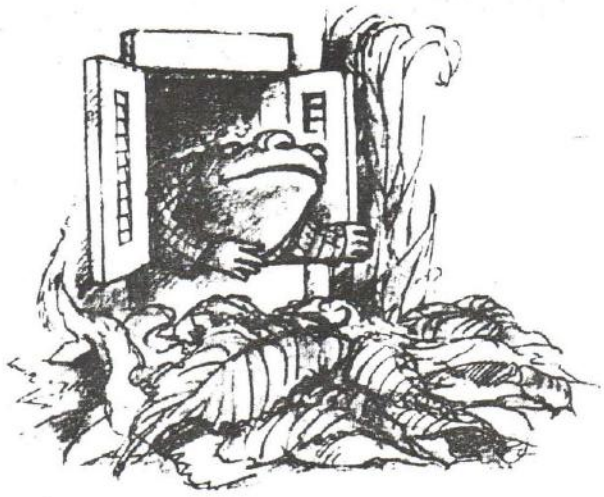
Sapo y Sepo volvieron corriendo
a la tienda.
Se sentaron a la sombra
de un árbol muy grande
y se comieron
sus barquillos
de helado
de chocolate
juntos.



La sorpresa

Era octubre.
Las hojas habían caído
de los árboles.
Se esparcían por el suelo.
—Iré a casa de Sepo.
–dijo Sapo–.
Barreré todas las hojas
que han caído sobre su césped.
Sepo se llevará una sorpresa.

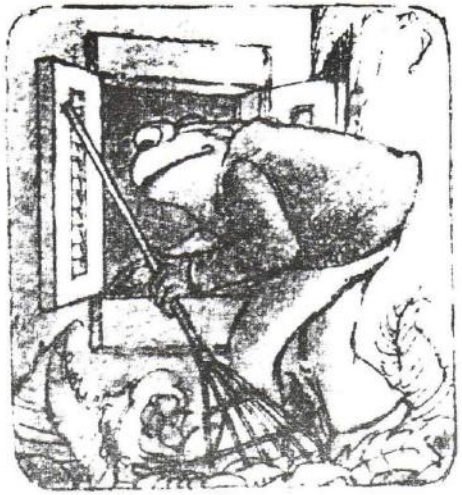
Sapo sacó un rastrillo
del cobertizo
del jardín.



Sepo se asomó a la ventana.
—Este revoltijo de hojas
lo ha cubierto todo –dijo Sepo–.
Sacaré el rastrillo del desván.
Correré a casa de Sapo.
Barreré todas las hojas.
Sapo se pondrá muy contento.

Sapo fue corriendo por el bosque
para que Sepo no lo viera.

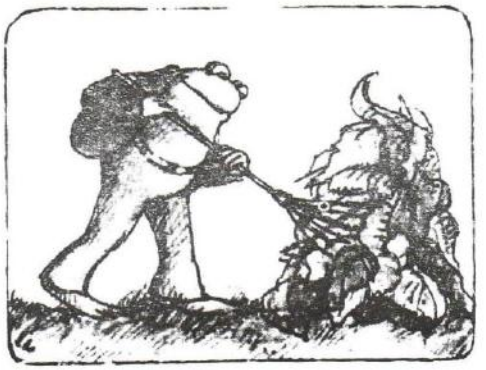
Sepo fue corriendo tras las hierbas altas
para que Sapo no lo viera.

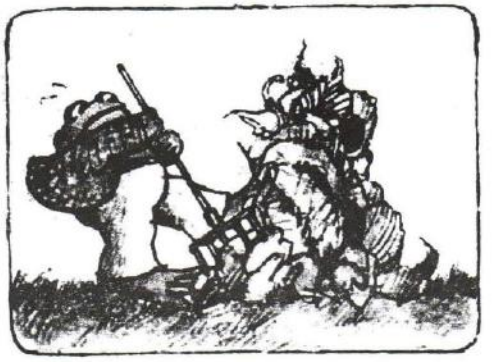


Sapo llegó a la casa de Sepo.
Miró por la ventana.
—Bien –dijo Sapo–.
Sepo está afuera.
Nunca sabrá
quién barrió sus hojas.

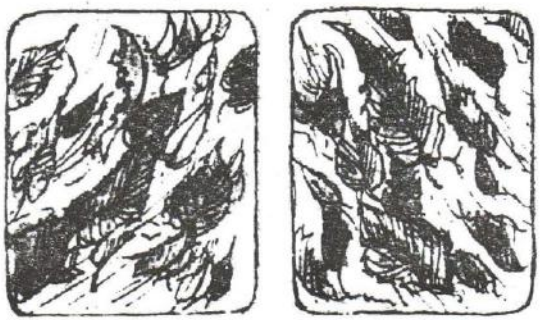
Sepo llegó a la casa de Sapo.
Miró por la ventana.
—Bien –dijo Sepo–.
Sapo no está en casa.
Nunca adivinará
quién barrió sus hojas.

Sapo trabajó muchísimo.
Barrió las hojas
haciendo un montón.
En poco tiempo el césped de Sepo
quedó limpio.
Sapo recogió su rastrillo
y se fue a casa.
Sepo le dio al rastrillo
de acá para allá.
Barrió las hojas
haciendo un montón.
En poco tiempo
no quedaba ni una sola hoja
en el jardín de Sapo.
Sepo recogió su rastrillo
y se fue a casa.





Se levantó viento.
Sopló removiéndolo todo.
El montón de hojas
que Sapo había barrido
para Sepo, voló por todas partes.
El montón de hojas
que Sepo había barrido
para Sapo, voló por todas partes.



Cuando Sapo llegó a casa dijo:
—Mañana limpiaré las hojas
que cubren todo mi césped.
¡Qué sorpresa se habrá llevado Sepo!

Cuando Sepo llegó a casa dijo:
—Mañana me pondré
a trabajar y barreré
todas mis hojas.
¡Qué sorpresa se habrá llevado Sapo!

Esa noche,
a la hora de apagar la luz
para dormirse,
Sapo y Sepo,
los dos,
se sentían
tan felices...

Nochebuena

En Nochebuena
Sepo cocinó una cena estupenda
Decoró el árbol.

—Sapo se retrasa –dijo Sepo.

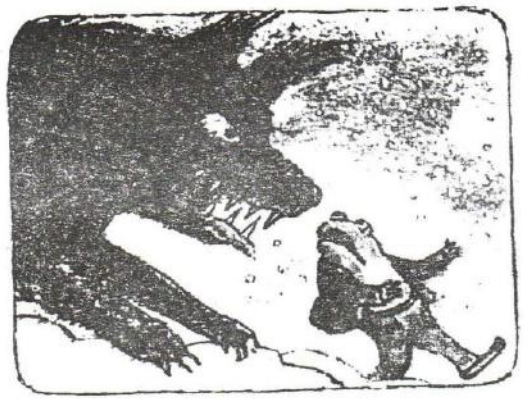
Sepo miró su reloj.
Recordó que estaba estropeado.
Las manecillas del reloj
no se movían.
Sepo abrió la puerta de su casa.
Escudriñó la noche.

Sapo no estaba allí.
—Estoy preocupado
–dijo Sepo–.

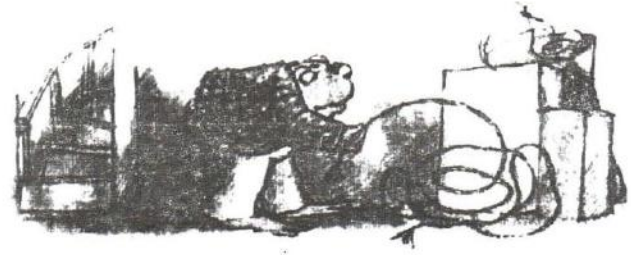
¿Y si ha sucedido
algo terrible?
¿Y si Sapo ha caído
en un pozo profundo
y no puede salir?
¡Nunca lo volveré a ver!

Sepo abrió la puerta una vez más.
Sapo no estaba en el sendero.

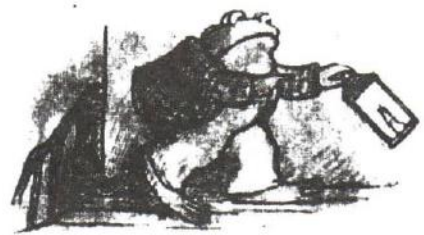
—¿Y si Sapo se ha perdido
en el bosque?
–dijo Sepo–.
¿Y si está
helado de frío
y mojado
y hambriento?



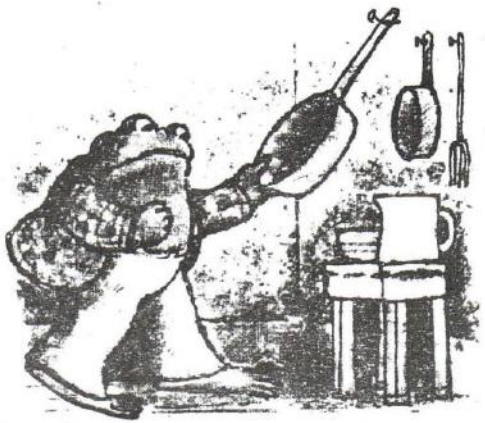
¿Y si un animal enorme,
con muchos dientes afilados,
está persiguiendo a Sapo?
¿Y si le está devorando?
–gimió Sepo–.
¡Mi amigo y yo
nunca pasaremos
otras Navidades juntos!



Sepo encontró una cuerda en el sótano.
—Con esto sacaré a Sapo
del hoyo
–dijo Sepo.



Sepo encontró un farol en el desván.
—Sapo verá esta luz.
Le mostraré el camino
para salir del bosque –dijo Sepo.



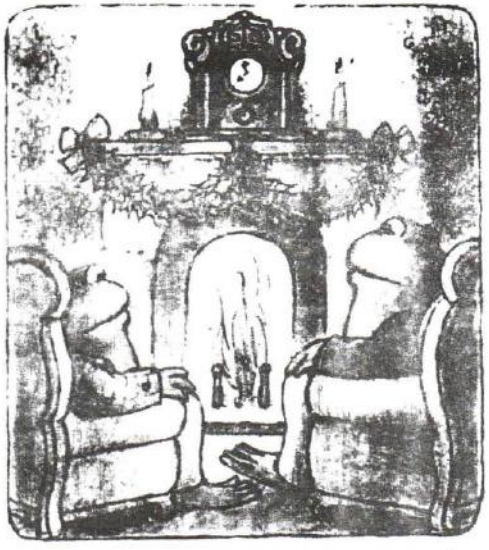
Sepo encontró una sartén
en la cocina.
—Con esto golpearé
a ese enorme animal –dijo Sepo–.
Le saltarán todos los dientes.
Sapo, no te preocupes –gimió Sepo–.
¡Voy a ayudarte!

Sepo salió corriendo
de su casa.

Allí estaba Sapo.

—Hola, Sepo –dijo–.
Siento mucho llegar tarde.
Estuve empaquetando tu regalo.

—¿No estás en el fondo
de un pozo? –preguntó Sepo.
—No –dijo Sapo.
—¿No estás perdido
en el bosque? –preguntó Sepo.
—No –dijo Sapo.
—¿No te está devorando
un enorme animal? –preguntó Sepo.
—No –dijo Sapo–.
Desde luego que no.
—¡Oh, Sapo! –dijo Sepo–.
Estoy tan contento de pasar
las Navidades contigo...



Sepo abrió el regalo de Sapo.
Era un hermoso reloj nuevo.
Los dos amigos se sentaron
frente a la chimenea.
Las manecillas del reloj
giraban marcando las horas
de una feliz Nochebuena.